

ALACENA
B O L S I L L O 

www.edicionesera.com.mx

Ernesto Lumbreras



Ábaco de granizo



Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Historia de un manantial portátil

Uno

*bebe al beberme, el cielo que palpita en mi agua,
y como en ese cielo brillan estrellas bellas,
el hombre que me bebe comulga con estrellas.*
Amado Nervo, “El agua que corre bajo la tierra”

POR EL GONG DE LA CAMPANA MAYOR, los hombres del campo saben que son las ocho de la mañana y que no tarda en arribar el gordero –a lomo de un caballo viejo, alazán y metafísico– con el sagrado desayuno, regocijo y beneficio de los yunteros de la región. A esta misma hora, don Panta, hombrecillo garrudo y sonriente, habrá llenado su pipón con agua de la atarjea de la Hacienda La Gavilana. A puro golpe de canilla, cubeta a cubeta, el aljibe portátil rebosa de un líquido jubiloso, querencia del cuerpo y bálsamo del alma de todos los cántaros del pueblo.

Dos

Cuando la mayoría de los habitantes de la villa protagonizaba un papel estelar en el teatro de sus sueños, don Panta y su pequeño ayudante –un enano de andares de araña– enganchaban las cuatro mulas al armatoste del pipón. Cadenas y balancines, aparejos y correas entramaban la fuerza bruta de las bestias para mover el eje y las ruedas de esa nave en tierra, barcaza de madera y herrería a la que sólo faltaban mástil y velamen para surcar el oleaje verde de los cañaverales.

Ya fuera en tiempo de secas o de lluvia, desde un jacalón del barrio del Cinco de Mayo el pipón atravesaba prácticamente

todo el pueblo con su rechinar de fierros y el trote metálico de su caballería. Como los corceles de un carrusel, las mulas conocían de memoria el camino siempre gratificante a la noria de La Gavilana: todos los días del año, sin protestas ni remilgos, hacían el viaje y el tornaviaje al acuífero benevolente de nuestra sed. En tal sentido, las riendas, las anteojeras y el látigo eran un lujo casi cinematográfico que confería al mastodóntico vehículo una distinción de calesa de obispo o berlina de cobrador de impuestos.

Tres

Un sonido de herrajes y de látigo atronador delatan al pipón de don Panta, el último aguador desde los tiempos de la Nueva Galicia. Aunque también, el pregón del enano cazcorvo y picado de viruela que lo acompaña en el pescante contribuye al anuncio –añorado por damajuanas y garrafas– de que está a nuestras puertas el “aaaaaagua de La Gavilaaaaaana”. Este pobre hombre ha sido la pesadilla de varias generaciones de mocosos, pero también, el blanco consuetudinario para las burlas más crueles de una nómina de eternos desocupados. Estos señoritos de esquina soleada bautizaron al desdichado piponero con el nombre de “Cuájano Maduro”. En varios momentos de mi infancia mezquina lo molesté y fui perseguido por su cuerpo deforme. Sólo en una ocasión logró darme alcance. Ese día, tras lanzarle el vulgar insulto me di a la fuga, con tan mala suerte que a los pocos metros tropecé en un saliente del empedrado. En mi caída no pude meter las manos y estrellé la cara contra las piedras. Con la nariz rota y la vista nublada lo vi llegar hasta mí con los puños cerrados dispuesto a rematarme. Quise gritar y no pude. Quise levantarme y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, gracias al chorro del grifo del pipón en mi nuca, los dos aguadores limpiaban mi sangre, escurrida por todo el rostro y parte del cuello. Entre la preocupación y el chisme, una concurrencia de mujeres con mandil nos rodeaba. Pese a mi desvanecimiento, sabía perfectamente lo que había pasado; por eso mismo, impulsado por los alfileres del orgullo, de manera abrupta y tambaleante me puse de pie y caminé a la banqueta de la acera sombreada. Ni una palabra de disculpa o gratitud salió de mi boca. Cuando volví la mirada a la calle, el ayudante de don Panta exprimía el trapo sanguinolento para empaparlo nuevamente en agua limpia.

Me sentí una sabandija de caño cuando don Panta se acercó a mí y jaló mi hombro, obligándome a tomar asiento en el escalón de la banqueta. Con una mano verrugosa y regordeta, el Cuájano Maduro volvió a limpiar –con delicadeza de cirujano o florista– los cuajos de sangre que brotaban de mi nariz rota; como si levantara la viga central de un templo derrumbado, alcé poco a poco la mirada hasta encontrarme con sus ojos de sapo. No pude resistir más allá de un segundo y estallé en un espectáculo de lágrimas y bochorno, un llanto de confusión y naufragio. Una niña caritativa o el mismo ángel de la providencia notificó a mi abuela María mi desastre y mi diluvio; fue ella la que destrabó –con el apoyo de un mortificado Pantaleón– mi abrazo fraternal con el enano y me regresó a casa, humillado y miserable, con una lección de tinieblas por aprender el resto de mis días.

Cuatro

Poco después de “mi accidente” o “mi desencuentro” o “mi ca-

mino de Damasco” con el enano del pipón, mi compañero de secundaria, Chuy Montes, vecino de la ranchería de La Estancita, tuvo la gentileza de invitarme a una excursión a las ruinas de la Hacienda La Gavilana. Después de visitar otro enclave de interés para *boy scouts* no acreditados, el yacimiento de obsidiana más grande que existió en Mesoamérica –por el rumbo del potrero de La Uña de Gato–, finalmente arribamos a la meseta donde se levantó una de las haciendas más ricas de la región desde la época de los virreyes. Difícil reconstruir la grandeza de esa finca productora del tequila Las Torcasas, marca que se exportaba todavía a comienzos del siglo xx –vía el puerto de San Blas– a las más importantes ciudades de la Alta California; incluso, se remitían religiosamente, año con año, diez cajas de su reserva especial a un capitán ruso de Vladivostok.

Sobrevivían algunas arcadas en un paisaje de techos derribados, muros de adobe a punto de colapsar, baldosas de cantera reventadas por el ímpetu de la maleza y del saqueo, la media naranja de la bóveda de una capilla con unos pocos angelitos de yeso con sus alas rotas y desnarigados, patios interiores que servían de corrales de cabras y burros, acequias soterradas por la hojarasca de tantísimos otoños. Nuestro amigo, conocedor de su terruño, me quería mostrar particularmente tres cosas que el tiempo y la naturaleza habían respetado. La primera saltaba a la vista desde cualquier punto, dado el lugar de privilegio para contemplar los Valles Centrales: la cuadrícula de los cultivos en todos los verdes imaginables, el tablero de ajedrez del pueblo de Aqualulco y sus rancherías, las chimeneas del ingenio azucarero de Tala, los cerros mentidamente azules de Tequila y Ameca, el espejo de agua de la Laguna de Teuchitlán... La segunda maravilla era un pozo de agua de una profundidad difícil de calcular; lanzábamos una piedra y tardaba en caer

hasta al fondo en lo que decíamos el trabalenguas del arzobispo de Constantinopla para escuchar, finalmente, un bramido sordo que nos ponía la piel de gallina. La tercera sorpresa deparada era una habitación ruinosa, como las demás, con la única diferencia de que en los quicios de piedra, de puertas y ventanas, estaban talladas –a todas luces por el cincel de un artista de mérito– las distintas fases de la luna, del cuarto menguante más mortecino a la resplandeciente y jubilosa luna llena.

Como la mayoría de los pobladores de La Estancita, mi amigo Chuy Montes conocía la historia trágica de la habitación lunar, un suceso que los pocos viejos nonagenarios de aquella comunidad presenciaron con sus ojos y oyeron por sus orejas, alimentos inminentes de gusanos panteoneros. Sumando leyendas, chismes y testimonios confiables se decía que poco antes de que el Ejército del Noroeste –bajo el mando del general Obregón– acampara en los terrenos de la estación de tren de nuestro pueblo, con sus miles de yaquis descalzos –pero con sus 30-30 en bandolera y el pecho forrado de cartuchos–, los dueños de la Hacienda La Gavilana, los Gallardo Panzacola, enfrentarían un dilema moral tras el nacimiento de un nuevo hijo de apariencia monstruosa. Relata la partera que la madre apenas tuvo en sus brazos a la criatura gritó entre el escándalo y el terror: “¡Dios mío! ¡Es un cuajo asqueroso! ¡Quítenmelo! ¡Quítenmelo!” El rancio catolicismo de la familia impuso la obligación de conservar al niño, aunque fuera encerrado entre cuatro paredes. Para quedar bien con el ejército de ocupación que esquilmo sus graneros, caja fuerte y caballada, invitaron de padrino al militar sonoreense; incluso, no se sabe si por venganza o zalamería, pusieron su nombre al recién nacido en medio de una fiesta de pocos y discretos invitados. Continuó la guerra en otros frentes, se celebraron alianzas y contraalianzas, se

promulgó una Constitución, se mataron entre sí los principales jefes; vino después una cruzada religiosa combatida por el gobierno, e incluso le volaron los sesos al padrino del infante mientras a Alvarito lo afeaban todavía más los cráteres de la viruela, se le arqueaban los fémures de las piernas y crecía unos poquitos centímetros cada vuelta de sol hasta detenerse en el 1.16 metros, altura suficiente para calificar en el elenco de chambelanes de la princesa abandonada en el bosque o para alcanzar el brocal del pozo insondable donde, la noche ilimitada extendía un campo de estrellas custodiado por un dragón.

Encerrado en la habitación de las lunas, espacio que sólo visitaban doña Hortensia, nodriza de ubres ubérrimas y luego nana consentidora, y la rolliza y bostoniana Miss Katherine Bacon, compañera de juegos y maestra privada; en esa jaula dorada, el cautivo conoció el mundo en los libros y a los hombres en su corazón de cautivo mientras miraba jugar, entre los barrotes del ventanal, a sus dos hermanos mayores en el patio de magnolias. Para el año de 1935, poco después de cumplir su mayoría de edad, los veintiún años de aquella época, el jovencito maltrecho recibió una noticia que cambiaría su existencia de manera rotunda. El ferrocarril en el que viajaban sus padres y sus hermanos se descarriló en un barranco poco antes de llegar a San Juan del Río; ninguno de los familiares sobrevivió al accidente. Después de un fallo de la Suprema Corte de Justicia, el gobierno cardenista expropió los cientos de hectáreas de la Hacienda La Gavilana y pagó una sustantiva indemnización al único heredero del latifundio, es decir, a Alvarito, convertido de pronto en don Álvaro, no obstante que siguiera vistiendo su colección de trajes de marinerito.

La reforma agraria sólo respetó el casco de la hacienda y sus tierras circundantes sembradas de agave. Asesorado por Miss

Bacon, pero sobre todo por los dictados de su noble corazón, con los dineros de la forzada compraventa liquidó generosamente a todos los empleados y escrituró las hectáreas que sobrevivieron al remate a su nana Tencha. También dispuso que los piponeros dejaran de pagar por el agua que abastecía, los trescientos sesenta y cinco días del año, sus depósitos ambulantes y que tomaban de la atarjea propiedad de la hacienda. Con la plata restante se permitió tres caprichos, una suerte de reintegros o indemnizaciones por el tiempo perdido. Bajo tal perspectiva, mandó traer de Guadalajara a un sastre quien tomaría sus particulares medidas para confeccionarle todo un guardarropa según el último grito de la moda en las grandes capitales. En esa misma ruta, cambió la mitad de su fortuna en cheques de viajero con la ilusión de realizar una larga expedición por el viejo continente. Como cereza de sus caprichos mundanos, para cerrar su meteórica carrera de hacendado y, por qué no, también a modo de despedida, organizó una fiesta que el corresponsal de *El Informador* calificaría de exquisita, entre veneciana y babilónica, llena de sorpresas, prodigios y con un *grand finale* trágico y enigmático.

Con tacto sentimental, su adoradora y cándida preceptora se dio a la tarea de reunir un contingente de enanas y enanos traídos de un circo instalado en las afueras de Ameca y de una compañía de toreros que detuvo su carromato en el coso de Amatitán. Al diminuto elenco foráneo se agregarían la bella Sabina, una chaparrita mulata del barrio de La Ciénaga, cintura de hormiga, sonrisa permanente de reina de carnaval y bailadora del son que le tocan. La iniciativa, cargada de buena voluntad, procuraba atenuar la particularidad del anfitrión integrándolo a un grupo a su imagen y semejanza; la medida tomada cumplió con su cometido durante las primeras horas,

aunque después otros espíritus malévolos cambiarían el rumbo de la celebración.

La Orquesta de Malaco tocó aquella velada tangos, bole-ros y pasodobles mientras los invitados disfrutaban las aguas frescas y los bocadillos o bailaban sobre una tarima iluminada de faroles de papel de china o conversaban sobre el lujo y el buen gusto de la fiesta, en especial, las máscaras y disfraces que portaban algunos invitados. Vestido con un traje cruzado azul Prusia, botones color hueso, camisa de lino blanco, corbata y pañuelo de seda en tonos solferinos, zapatos bicolores de charol, Alvarito Gallardo y Panzacola figoneaba desde la ventana de su cuarto de lunas –nervioso, indeciso y fatalista– el devenir del bullicioso sarao. Absorto en su desasosiego, no se dio cuenta de que su antigua nodriza abría la puerta y entraba a la habitación con la mulatilla pizpireta vestida de hada roja; sorprendido *in fraganti*, el mirón se puso colorado y trató de justificar su acto, su tardanza, el sudor de sus manos e incluso la osadía blanquinegra de su calzado lustroso. Doña Hortensia, haciendo méritos de madre postiza y alcahueta en ciernes, lo tranquilizó diciéndole que la muchachita quería conocer al patrón para invitarlo a bailar el vals “Sobre las olas” que tanto habían ensayado con Miss Bacon las últimas tardes. Un camino de confianza o una isla de palmeras encontraría Alvarito en los ojazos verdes de la chiquita, al grado que sepultó de golpe dudas y temores para bajar directo a la tarima de baile. Conocidos y fuereños ovacionaron a la pareja cuando inició la celebérrima pieza del desdichado Juventino Rosas. Desde el principio se acoplaron los bailarines, engarce total de cuerpo y alma. Un largo suspirar de los allí reunidos –de admiración y embeleso– partía el aire nocturno con acentos de jazmín y magnolia. Iba y venía la pareja como en un lago de nenúfares un par de cisnes

en cortejo. Una sincronía absoluta de un oleaje envolvente. A cada paso y a cada giro, el universo entero se ordenaba en la respiración de los jóvenes. Cuando el estrépito contundente de platillos dio la nota final del vals, una voz suprema ordenó iluminar el cielo con fuegos de artificio que duraron la eternidad de tres minutos y medio.

Ajenos a la convivencia social y a la gala dancística, el pequeño matador Lucho de Feria, el Coloso de Aranjuez, y sus tres banderilleros habían descubierto la cava de la hacienda y vaciaban, con enjundia de novatos, el último barril de la reserva especial del tequila que dejó de beber el capitán ruso de Vladivostok. Cuando estalló la pólvora que cubrió de penachos multicolores la bóveda celeste, los españoles salieron del sótano y se unieron con su brío etílico al plácido borlote. Aprovechando la distracción de los músicos, dos de los asistentes del torero se hicieron de guitarras y el otro, improvisando, tomó una medida de maíz a modo de cajón rumbero. Cuando el rasgueo de cuerdas alcanzaba altura y vuelo, las percusiones en la madera dieron la señal para que el maestro De Feria zapateara sus primeros pasos de flamenco. Esos golpes secos y cadenciosos atrajeron de nuevo la atención del público hacia la tarima de baile. En un santiamén, la asistencia comenzó a palmear la melodía mientras, de boca en boca, circulaban las botas de cuero –gordas de un tequila viejo y endemoniado– y el furor de la música multiplicaba en la sangre de la concurrencia la ebriedad desmedida por venir.

Después de bailar sevillanas y bulerías, festejadas con estruendo y vivas a España, el Coloso de Aranjuez se encaminó con paso triunfal a donde se encontraba la ojiverde Sabina, unida su cadera a la cadera de Alvarito, sonámbula ya de alcohol y de hechizos gitanos. Como si mirara a un miura, el bailaror

contempló la belleza insumisa de la mulatita, inclinó la rodilla, estiró el brazo como si preparara la suerte de la espada mortífera y atrajo –sin mirar al anfitrión, ni mucho menos pedir su venia– el talle de la doncella para acto seguido comenzar una danza íntima y luciferina, candente y extenuante, que concluiría con los cuerpos mojados de sudor y lujuria, trenzados en un abrazo de serpientes y las bocas unidas en un beso palpitante, líquido y caníbal.

La fiesta que imaginaron Miss Bacon y doña Hortensia se salía de control. Terminado el tablado flamenco, fuera del programa convenido, la Orquesta de Malaco comenzó a tocar canciones yanquis, ritmos enloquecidos de foxtrot, *blues* y *swing* que el público bailaba con movimientos inéditos e improvisados para los esqueletos habituados a cadencias más suaves, decentes y adormiladas. El barril tequilero llenaba, una y otra vez, las botas castellanas para beneplácito de un furor tribal que desinhibía los ánimos y los antojos. Varios invitados comenzaron a bailar alrededor de una fuente para luego zambullirse y continuar con un ballet acuático salpicando a la concurrencia al tiempo que se despojaban de sus vestimentas. Algunas parejitas flechadas por las saetas de Cupido, tomadas de la mano, desaparecían presurosas detrás de los parterres. Otras, menos púdicas, se acomodaban en una maceta o en un pretil para soltar la jauría aullante y feroz de sus deseos más apremiantes. Por su parte, petrificado de rabia y tristeza, Alvarito alcanzó a ver al torero y a Sabina abandonar la hacienda rumbo a un destino de cuento de princesas, montados a pelo en un poni percherón. Poco después, tras dimes y diretes entre los enanos circenses y los toreros, se armó el zafarrancho y comenzaron a volar platones de sopes y enchiladas en combinación con vasos de agua de lima y jamaica, sillas de tule y equipales de cuero.

Las organizadoras de la fiesta se mesaban el pelo y se mordían las uñas, corrían de un lado a otro para contener la catástrofe ilimitada. Temerosas de su seguridad, se encerraron en el cuarto del administrador –con tranca y con siete llaves– y marcaron una y otra vez los cuatro dígitos del teléfono de la presidencia municipal para solicitar el envío de los gendarmes.

Cuando se apareció la camioneta de la policía municipal, tres horas después de la trifulca, los primeros rayos de sol bruñían las canteras del casco de la hacienda. A un costado de la casona, humeaban las vigas del granero incendiado. Los ventanales de la sala principal habían sido destrozados; la elegante herrería fue forzada con el afán de saquear la propiedad; habían cargado con todo, desde una pianola de cilindro a un reloj cucú, de un candelabro de una centena de bujías a un cristo de marfil de Filipinas, de los cubiertos de plata de Taxco a la vajilla de porcelana de Delft, de un fonógrafo Edison a los tapetes de Cachemira, de los sables toledanos a una cabeza de rinoceronte empotrada en la biblioteca. En la confusión de las llamas y la batalla campal, los ladrones llenaron a tope una carreta y desaparecieron sin rumbo conocido.

Al divisar a los uniformados con sus amenazantes toletes, unos pocos borrachines tirados en el pasto trataban de ponerse en pie y salvar el pellejo. Otros, navegando en la balsa de los sueños, agradecían la cobija solar que los cubría maternalmente. La terraza de la fiesta era un verdadero chiquero. Vidrios y tepalcates rotos, vómitos y sangre, hilachas y plantas de ornato desenterradas. Allí estaban doña Hortensia y Miss Bacon, ojerosas y mortificadas, desahogando las dos a un mismo tiempo sus pesares ante un atónito y rebasado comandante que no sabía por dónde empezar. Para las dos mujeres, unas vez que apaciguaron el remolino de sus preocupaciones, la prio-

ridad no era otra que localizar a Alvarito, perdido en algún momento cuando el festejo se convirtió en bacanal y botín. Los mozos, acompañados de los policías, lo buscaron por todas las habitaciones de la finca, recorrieron el caserío de La Estancita, peinaron las parcelas de maíz y caña de azúcar de los alrededores y no encontraron nada. A punto de ponerse el crepúsculo vespertino, dieron con una pista que lejos de sumar confianza tornó fúnebre toda expectativa de localizar al muchacho. Al pie del brocal del pozo, brillantes todavía, acomodados uno al lado del otro, las agujetas sueltas y puestas en el interior, estaban los zapatitos bicolores de charol.

Por más centenarios de oro ofrecidos por la antigua nana y la profesora, ningún valiente aceptó bajar a las profundidades de la noria y corroborar el mal presagio. Con el peso de tal negativa, y después de varias semanas de indagaciones en otros pueblos o de descartar un posible secuestro, las desconsoladas mujeres aceptaron la pérdida y organizaron una misa alrededor del pozo. Ante una centena de dolientes, un cura enviado por el mismísimo arzobispo Garibi Rivera inició la homilía para un cuerpo ausente vestido de difunto. Esos rancheros devotos recordarían, por el resto de sus noches, el momento siniestro cuando el monaguillo rociaba con el hisopo la oquedad del pozo mientras el sacerdote pronunciaba esta oración beligerante: “Andaré vestido y armado con las armas de san Jorge para que mis enemigos, teniendo pies, no me alcancen, teniendo manos no me atrapen, teniendo ojos no me vean...”. Primero un temblor de tierra desconcertó y aterrorizó a los presentes. Vendría después un bramadero ensordecedor que subía y subía por el pozo al tiempo que resonaba algo como un mazo o un zacapico golpeando la pared circular de ladrillos. Por un instante, los dos sonidos enloquecedores cesaron. Atemorizados por lo que se-

guramente vendría, los parroquianos se cubrieron unos a otros como lo haría un rebaño de ovejas rodeado por lobos. Tras el breve paréntesis de silencio, brotaron como un impetuoso chorro de petróleo de la boca del brocal, la cabeza, el torso alado y la cola de un dragón –cubierto de escamas tornasoles y brillantes que lastimaban la vista– hasta alcanzar la altura de los cohetes de las procesiones. Luego, en caída libre, mientras tornaba nuevamente a su guarida, los ojos de la bestia se vaciaron en las miradas de los allí reunidos, una confrontación maligna de desafío y orgullo. Esas pupilas de fuego marcaron de por vida a muchos, entre ellos, al abuelo de mi amigo Chuy Montes, quien al final de nuestra excursión nos relataría este episodio mientras desgranaba con la mirada en blanco, guiado tan sólo por el tacto, una canasta de mazorcas amarillas en la superficie porosa y rojinegra de una piedra de tezontle.

Cinco

De la historia del agua potable de Ahualulco de Mercado, Jalisco, del bocio endémico que asoló a la comunidad durante siglos, del manantial de la Hacienda La Gavilana certificada por científicos como excelente para beber, de burros aguadores y pipones de madera tirados por mulas que surtieron al pueblo del vital líquido durante casi todo el siglo xx.

En la década octava del siglo XIX, animado por la buena voluntad del sabio Mariano Bárcena –meteorólogo del Observatorio Nacional y propietario de la Hacienda de Santa Cruz, ubicada en el duodécimo cantón de Jalisco–, se reunió en nuestro pueblo un cónclave de agrimensores y químicos con la encomienda de estudiar la calidad de los pozos de agua de nuestra